



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A UNA PEREGRINACIÓN DE CARPI, CON MOTIVO DEL SEGUNDO CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA DIÓCESIS

Sábado 8 de noviembre de 1980

¡Hermanos y hermanas carísimos!

1. Estoy sinceramente contento por encontrarme hoy con vosotros, que habéis querido concluir aquí en Roma la "gran misión", con la que habéis celebrado el segundo centenario de la fundación de vuestra diócesis, que tuvo lugar —como es sabido— en 1779 por obra de mi predecesor Pío VI, de venerada memoria.

A todos va dirigido mi emocionado agradecimiento por vuestra presencia, tan llena de entusiasmo y de afecto.

En este año de misión habéis profundizado y meditado el papel y el significado eclesiológico que la diócesis asume, tanto en el ámbito de la vida de todo el Pueblo de Dios, como en el de la experiencia de cada fiel cristiano. "La diócesis —afirma el Concilio Vaticano II— es una porción del Pueblo de Dios, que se confía al obispo para ser apacentada con la cooperación de sus sacerdotes, de suerte que, adherida a su Pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y de la Eucaristía, constituya una Iglesia particular, en que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica" (*Christus Dominus*, 11).

En estas pocas líneas hay una profunda presentación teológica de esa "Iglesia particular" que es la diócesis, en cuanto "parte" de la Iglesia universal: en ella, el obispo, los sacerdotes, los fieles, animados todos por el Espíritu Santo, tienen en el *mensaje evangélico* la guía básica para su comportamiento, y en la *Eucaristía* el alimento espiritual para el camino y la peregrinación que ellos realizan juntos en medio de los diversos acontecimientos del mundo.

2. El cristiano es el que "cree en Cristo", es decir, cree que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios encarnado; es el Salvador del hombre; es Aquel que ha dado todo su ser por nuestra auténtica liberación; que ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado por nuestra justificación (cf. *Rom* 4, 25). El primero y fundamental anuncio del cristianismo es éste; nuestra primera gran profesión de fe es ésta. Por eso el Evangelio, que nos presenta la vida y la enseñanza de Jesús, sigue siendo para quien quiere adherirse a Cristo el punto constante de referencia y de orientación para toda la vida. Es el Evangelio lo que debe transformar nuestra mentalidad, nuestras tendencias, nuestras inclinaciones, nuestros deseos. Conservar, alimentar, .acrecentar, proteger, manifestar la fe es, pues, para el cristiano, una constante e ineludible exigencia.

Vosotros, hermanos y hermanas carísimos, habéis venido a Roma para orar sobre las tumbas de los Apóstoles Pedro y Pablo, y de los mártires quienes, para permanecer fieles a Cristo, prefirieron la muerte. Habéis venido, también, para recibir del Sucesor de Pedro aliento y confort para vuestra fe, que debe expresarse y realizarse a menudo en situaciones de particulares dificultades, tanto por la difusión de ideologías que se proclaman o indiferentes o abiertamente contrarias a cualquier concepción religiosa y, de manera particular, cristiana, como por el crecimiento continuo y preocupante de comportamientos prácticos en los cuales dominan el individualismo, el egoísmo, la búsqueda de bienestar y del éxito terreno a cualquier precio.

En estas situaciones, que pueden provocar la tentación del desaliento, del desánimo o del decaimiento psicológico, quiero exhortaros hoy, recordando la gran tradición cristiana de vuestros padres, a que reafirméis con valentía y con empeño vuestra fe; a que la guardéis en el corazón; a que la profeséis, sin temor y sin debilidad, públicamente, con la palabra, con el ejemplo, siempre en radical coherencia con las exigencias, a veces duras, de la concepción cristiana. "El fiel —nos advierte San Agustín— no ha de creer simplemente con el corazón mientras, por temor, impide a los labios anunciar aquello en lo que cree. Hay cristianos que tienen la fe en el corazón, (...), pero temen profesarla con los labios, casi prohíben a sus labios hacer resonar lo que saben, lo que tienen dentro (...). Que digan, pues, los labios lo que tiene el corazón: esto contra el temor. Que tenga el corazón lo que dicen los labios: esto contra la simulación (...). Que tus labios estén siempre en sintonía con tu corazón" (cf. *Enarr. in Ps.*, 39, 16: *PL* 36, 444). Para el cristiano, la coherencia es la manifestación más hermosa de la autenticidad de su fe.

3. Deseo, por tanto, que siempre unidos con filial afecto y con serena docilidad a vuestro obispo, forméis una Iglesia particular, que sirva de admiración y de ejemplo para todo el Pueblo de Dios. Vosotros, sacerdotes, en leal colaboración y obediencia a vuestro Pastor y en fraternal comunión entre vosotros, intentad emplear todas vuestras energías para el bien de las almas. Vosotros, padres y madres, con la fuerza del sacramento del matrimonio, sed conscientes de vuestras delicadas responsabilidades y educad a vuestros hijos en el amor y la apertura hacia los demás. Vosotros, jóvenes, que soñáis con la felicidad y la transformación de la sociedad, preparaos con dedicación, en el estudio y la oración, a las tareas que la Providencia os confíe, tanto en el ámbito de la Iglesia como en el de la comunidad civil. Y vosotros, queridísimos enfermos, que estáis

marcados en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu por los estigmas de la pasión de Cristo, ofreced a Dios vuestros sufrimientos para que vuestra diócesis sea un centro luminoso de vitalidad cristiana.

En este encuentro no puedo menos de recordaros la extraordinaria figura de un hijo de vuestra noble tierra: San Bernardino Realino, nacido en Carpi en 1530, y que vivió en tiempos tan difíciles como los actuales. Joven inteligente y brillante, apasionado de la verdad, estudió historia, filosofía, medicina, derecho civil y eclesiástico. Fue alcalde, abogado, pretor, lugarteniente general de Nápoles. Precisamente en esta ciudad, respondiendo dócilmente a la llamada de Dios, entró en la Compañía de Jesús, y vivió durante muchos años en Lecce, donde murió, bendecido, amado y venerado por todos, en 1616. En 1947 fue canonizado por mi gran predecesor Pío XII.

A la luz de la experiencia espiritual de vuestro San Bernardino, quiero dirigirme a todos vosotros, fieles de la diócesis de Carpi, para que imitéis sus eminentes virtudes cristianas; de manera particular deseo invitar a los jóvenes a que sean cada vez más generosos con Jesús también, y especialmente, cuando El llama a seguirlo en una vida de total consagración. Espero y ruego que el número de seminaristas y de novicios religiosos de vuestra diócesis aumente cada vez más para que ella pueda tener siempre muchos y santos sacerdotes.

Con estos deseos invoco sobre vosotros y sobre los fieles de Carpi la continua asistencia de Dios, por la materna intercesión de la Virgen Santísima.

Mi bendición apostólica os acompañe siempre.